

II.

Á EURIALO.

A tí, sin duda alguna,
 Euríalo feliz, guarda cuidadoso
 De las Gracias amables
 De garzos ojos, de cabello hermoso,
 Te educaron á una
 Mullido entre las rosas agradables,
 La Venus delicada,
 Y la de blandos ojos tierna Süada.

SIMÓNIDES.

Este célebre poeta griego nació en la isla de Ceos, en 556 antes de J. C., y murió en Siracusa en 467. Su padre Leoprepes era uno de los magistrados de Ceos, independiente entonces.

Uno de los epigramas de Simónides indica que en la niñez fué dedicado al culto de Baco. Otro demuestra que durante su adolescencia ejerció la profesión de maestro de coros en la ciudad de Carthea, en Ceos, enseñando á los niños la poesía y la música. Era por entonces la pequeña isla de Ceos uno de los más notables focos poéticos y literarios; pero el joven poeta lo consideró estrecho á su genio y se trasladó á Atenas, donde llegó cuando reinaban los hijos de Pisistrato, Hippias é Hipparco (527-514), uniéndose á la corte de ambos tiranos, grandes protectores de los poetas, y encontrando en ella, entre otros, á Anacreonte y Lasus, el maestro de Píndaro.

El flexible talento de Simónides, que se adaptaba á todos los géneros, le hizo adquirir muy

pronto gran popularidad. Aunque sólo tengamos fragmentos más ó menos extensos de sus composiciones, los asuntos que trata en ellas, su forma y la opinión de los antiguos escritores, bastan para justificar la fama que alcanzó.

Estos fragmentos enseñan cuál era el papel desempeñado por los poetas en las cortes de los pequeños soberanos de Grecia y Sicilia, que se los disputaban en la época de transición entre el reinado de la epopeya y el nacimiento del arte dramático, época en que sólo tenía vitalidad la poesía lírica.

Los concursos para las fiestas públicas que se celebraban en toda la Grecia con gran solemnidad, y en los cuales la poesía cantada tenía muy principal papel, eran la mayor preocupación de los poetas. En su larga carrera debió Simónides tomar parte en ellos con frecuencia, porque atestigua una inscripción votiva que ganó el premio cincuenta y seis veces.

Estos cantos, de los cuales quedan numerosos fragmentos, son himnos en honor de todas las divinidades; *peans* para las fiestas de Apolo, diti-rambos para las de Baco, *parthenies* ó coros de doncellas para las de Diana.

Además de estas composiciones religiosas ó heroicas, encontró el poeta otra fuente abundante de inspiración en las carreras y juegos solemnes que reunían toda Grecia en Olimpia, en el istmo de Corinto ó en Delfos, donde los vencedores eran celebrados en bellos versos y perpetuados en hermosas estatuas. Estos cantos de triunfo forman parte considerable de la obra poética de Simóni-

des, pero ninguno ha llegado completo á nosotros.

Según Müller, su estructura era igual ó casi igual á los de Píndaro que conocemos. En unos y otros iba unido al elogio de los vencedores la pintura del héroe de la leyenda; pero los cantos de Simónides se distinguen principalmente de los del poeta tebano en que aquél se entretiene en la narración de la victoria misma, y pinta detalladamente el modo como había sido alcanzada, mientras que Píndaro pasa con rapidez por estos detalles, y desde el principio se eleva á las mayores alturas.

Con frecuencia emplea Simónides en estos cantos un estilo casi festivo, cual parecía corresponder á un poema que se cantaba muchas veces en el festín dado al vencedor.

Sobresalió también Simónides en los *Elogios*, *canciones báquicas*, *cantos para los bailes*, y especialmente en los *cantos de duelo*, llamados *nenies* ó *threnes*, que se hacían al morir los personajes y eran cantados en sus funerales.

Sus epigramas, en el sentido griego de la palabra, y sus inscripciones tienen una sobriedad y precisión admirables. Estas inscripciones tumulares ó epitafios son entre todas sus poesías las que mejor han merecido durar al través de los siglos: tal era el arte con que el poeta sabía encerrar en pocos versos un gran pensamiento ó un enérgico dolor. Compréndese, pues, el interés de los principillos griegos, avarientos de fama, en atraerse un hombre de tan precioso y variado talento.

Al ser asesinado Hipparco por Harmodio y

Aristogitón (514), abandonó Simónides Atenas y se retiró á Tesalia llamado por dos opulentos príncipes, Scopas y Alevas. Con ellos vivió hasta poco antes de las guerras médicas, sin dejar de presentarse en los grandes concursos de la poesía y de los juegos.

La aventura legendaria, asunto de una fábula de Fedro y de otra de Lafontaine, se supone realizada á la vuelta de una de estas solemnidades. Vencedor Scopas en una carrera de carros, escribió Simónides una oda magnífica para celebrar la victoria, haciendo intervenir según su costumbre á los dioses y á los héroes y cantando lo mismo á Cástor y Pólux que al atleta. Scopas, que deseaba una oda en su exclusivo elogio, sólo dió al poeta la tercera parte del convenido precio, aconsejándole que pidiera el resto á Cástor y Pólux. Acababa Simónides de recitar su oda en la mesa del festín, cuando se le acercó un esclavo diciéndole que dos jóvenes cubiertos de sudor y polvo, pero en cuyos semblantes resplandecía divina majestad, le esperaban á la puerta, rogándole que inmediatamente saliera. Salió Simónides, y á nadie vió, pero entretanto el techo de la sala del festín se derrumbó aplastando á Scopas y á todos sus convidados. Imposible es hoy saber si esta tradición, extraordinariamente célebre en la antigüedad, es ó no cierta; pero sí se sabe que una repentina catástrofe destruyó la prosperidad de los Alevas y de los Scopas en Tesalia. Simónides hace frecuentes alusiones á estos cambios de fortuna, á estas bruscas desgracias que arruinaron á sus protectores tesalanos.

Al volver á Atenas, el pueblo no le guardó rencor por su antigua adhesión á los Pisistrátidas. Estaba entonces Grecia á punto de ser invadida, y era grande la excitación del patriotismo. Participó Simónides del entusiasmo de todos los Griegos, ganando el premio en el gran concurso poético con que se celebró la victoria de Maratón, á pesar de la concurrencia de Esquilo (489 años antes de J. C.). Encargósele también de celebrar la abnegación de Leonidas y de los trescientos Espartanos en las Termópilas, habiendo llegado hasta nosotros una estrofa de esta oda, probablemente la primera. Merece citarse el epitafio que compuso á los citados héroes espartanos: «Caminante, vé á decir á los Lacedemonios que estamos aquí enterrados por obediencia á sus leyes.»

Simónides cantó también las victorias de Salamina, de Artemisa y de Platea, pero estos cantos se han perdido.

Uno de los mayores fragmentos que quedan pertenece á otro género que cultivó con grande acierto y sensibilidad: la elegía. Este fragmento es la lamentación de Dánae abandonada en el mar con su hijo Perseo, y es uno de los más preciosos restos de la antigua poesía griega.

Los contemporáneos censuraron á Simónides que fijara precio á sus composiciones. «Mi musa, dice Calímaco, no es mercenaria como la de Simónides;» y se cree que también le aludía Píndaro al hablar de la época en que las musas no eran mercenarias. Parece que Simónides, desconfiando de la generosidad de los personajes que elogiaba, tenía

por costumbre fijar el precio de las alabanzas antes de hacerlas.

Refiere Aristóteles en su *Retórica* que un atleta victorioso rogó á Simónides componer un canto sobre su triunfo. No pareció á éste suficiente la suma ofrecida, y respondió que no sabría tratarle bien, porque la victoria la había alcanzado en una carrera de mulas, animal poco poético. El atleta aumentó el precio; aceptó Simónides, y, usando de todos los recursos de su arte, llamó á las mulas *hijas de los corceles de voladores pies*.

Cualquiera que sea el fundamento de estas censuras, es lo cierto que su fama le proporcionó la amistad de los hombres más famosos de aquella época, como lo eran Temístocles y Pausanias. Comiendo un día con éste, rogóle Pausanias que dijera alguna sentencia. «Acuérdate de que eres hombre,» contestó Simónides, que conocía bien el orgullo de Pausanias. Apenas prestó éste atención á la breve sentencia; pero cuando los infortunios le obligaron á andar oculto y hambriento, acordóse de la frase del poeta, y exclamó por tres veces: «¡Oh Simónides! ¡oh mi huésped de Ceos, cuán grande era el sentido de tu exhortación que tan neciamente desprecié!»

Refiérese también que, aprovechando su íntima amistad con Temístocles, le pidió Simónides una gracia; pero no la estimó aquél justificada y se la negó, diciéndole: «Querido Simónides, no serías buen poeta si hicieras versos que pecaran contra las reglas de la poesía, y yo no sería buen magistrado si cometiese alguna acción opuesta á las le-

yes.» Simónides no asistió al triste fin de sus amigos Aristides y Pausanias. Cuando sucumbieron estaba ya en la corte del rey Hierón, tirano de Sicilia, á donde fué á la avanzada edad de ochenta y siete años. En ella encontró, además de su sobrino y discípulo Baquilides, muchos de los grandes poetas contemporáneos suyos, Píndaro, Epicarmes y el gran Esquilo. Parece que Simónides no vivió en buena inteligencia con sus colegas, especialmente con Píndaro.

La historia ha conservado algunos detalles de su permanencia junto á Hierón. Bien conocida es la respuesta que dió á este príncipe cuando le pidió una definición de Dios. Cicerón la recuerda en estos términos en su libro *De Natura Deorum* (lib. I, cap. xxii): «Si me preguntas lo que es Dios haré, como Simónides cuando se lo preguntó el tirano Hierón: pidió un día para pensar la respuesta; al día siguiente pidió dos más, y cada vez doblaba el número de los días pedidos, hasta que Hierón quiso saber la causa de ello. «Consiste, dijo, en que cuanto más medito, más oscura me parece la cosa.» De esto deduzco que Simónides, delicado poeta y hombre erudito y de buen sentido, perdió al cabo toda esperanza de descubrir la verdad, después de investigar su espíritu todas las opiniones á cual más sutiles, sin encontrar la solución.»

Murió Simónides en la corte de Hierón, que mandó hacerle magníficos funerales. Su epitafio, conservado en la *Antología*, dice: «Mueres, oh Simónides, en la llanura de Sicilia; dejas en Ceos tu

memoria, y á toda la posteridad de los Griegos el recuerdo de tu bien templada alma.»

«Simónides, dice M. J. Joubert, es el tipo más completo del poeta culto ó literato en Grecia, tan sabio y artista como inspirado, que sin convertir el arte en oficio, saca partido de él en provecho propio. Agrada á los tiranos, sin desagradar á los pueblos; canta los actos benéficos del poder y los esfuerzos de la libertad; respetuoso con la religión, aunque algo filósofo, goza con calma los placeres de los sentidos y los de la inteligencia, presentando el raro equilibrio de las facultades morales é intelectuales que los antiguos llamaban sabiduría. Ningún poeta fué más estimado en vida ni tuvo más larga popularidad después de la muerte. ¿Justifica esta celebridad el mérito de sus obras? No es posible asegurarlo, porque en gran parte se han perdido. A juzgar, sin embargo, por los fragmentos que quedan, si el poeta de Ceos, por la originalidad, la pasión y esplendor del genio es inferior á Arquíloco, á Alceo y á Safo; si no iguala la profundidad y elevación de Píndaro, ni la vehemencia y grandeza de Esquilo, sobrepujó á todos por la flexibilidad y extensión de su talento, capaz de las más diversas aplicaciones: poemas ó elegías heroicas, elogios en verso, cantos de victoria, himnos, *peans*, coros de doncellas, cantos para bailes, canciones báquicas, canciones de duelo, epigramas, todo lo abarcó.

»En todos estos géneros fué Simónides gran poeta, llegando á la sublimidad cuando el asunto lo permitía, y manejando con rara elegancia un

rico lenguaje lírico, compuesto de una mezcla de dicción épica, con las formas dóricas y eólicas. Incomparable en la expresión de los sentimientos patéticos, llámole la antigüedad *el dulce poeta.*»

Los fragmentos que á continuación publicamos están traducidos por los hermanos Canga-Ar-güelles.

ODAS.

I.

DE CUATRO COSAS.

Es excelente cosa
Tener salud robusta y deliciosa;
Y tener lo segundo
Buen natural, es lo mejor del mundo:
Ser rico lo tercero,
Sin conseguir con fraudes el dinero:
Lo cuarto, sin testigos
Pasar la pubertad con los amigos.

II.

DE LA MUERTE.

Las fuerzas humanas
Son débiles y flacas.
Vano y ligero el pensamiento suyo,
Y en una corta vida
El hombre sufre males sin medida.

A todos igualmente
La misma muerte alcanza;
Nadie rehuye su furor sañudo,
Y el malo, como el bueno,
Es fuerza que desciendan á su seno.

OBRAS MORALES.

I.

SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE.

No hay estabilidad en las humanas
Cosas, como lo dijo el excelente
Varón de Chío; y cual las hojas vanas
Descienden volteando levemente
Cayendo de las ramas elevadas,
Así cae también la humana gente.
Pocos estas verdades veneradas,
Después que las oyeron, las mantienen
Dentro del recto corazón guardadas.
Pues la esperanza que los hombres tienen
De larga vida, el ánimo fomenta;
Y porque los deleita la sostiene.
Mientras la flor de juventud se ostenta
En el varón, de cualquier leve cosa
Su espíritu ligero se alimenta.
Por la esperanza, la vejez rugosa
Desprecia: ni se cura de la muerte,
Ni cuando goza de salud hermosa

Piensa en la enfermedad aguda y fuerte.
 Necio de aquel que así se lo imagina;
 Pues ignora cuán corta, y de qué suerte
 Será la edad de juventud benigna,
 Y cuán breve es el tiempo concedido
 A la vida del hombre que declina.

Pero tú de estas cosas instruido,
 Cuando ya del vivir el fin se llegue,
 De alborozo y de júbilo ceñido,
 Sufre como virtuoso el mal que allegue.

II.

A PITACO SOBRE LA VIRTUD.

Es un asunto, Pitaco, espinoso
 Hacer á un hombre bueno verdadero.
 Y una vez hecho, es muy dificultoso
 Conservar aquel hábito primero;
 Porque esto, no es del hombre solamente,
 Sino que á Dios lo debe por entero.

Si algún revés le oprime de repente,
 Por más bueno que sea, no le es dado
 Mantenerse de pie contra el torrente.

Por esto yo, buscando descarriado
 Los imposibles, pierdo la esperanza
 De que el que vive en el terreno estado

Disfrute de una próspera bonanza
 Aunque sea virtuoso eternamente.

Lo que entiendo diré con confianza:

Amo al que no hace voluntariamente

Maldades, y le alabo y recomiendo,
 Que á la necesidad que oprime urgente,
 Ni se resiste Dios, según yo entiendo (1).

III.

A ÉL MISMO SOBRE EL AMOR A LA VIDA.

Porque estimes tu vida, en ningún modo
 Yo te reprendo, Pitaco; la estima
 Cualquier que no es malvado, ó necio, ó todo.

El que de sanidad toca la cima
 Sirve á su ciudad patria en gran manera.
 No te reprendo, ni mi voz se arrima

A la agria reprehensión: la turba fiera
 De los necios es grande, y cansaría
 Cualquier que corregirlos pretendiera.

Mas volviendo á decir lo que decía,
 Declaro que son buenas cuantas cosas
 De la negra maldad, horrible, impía
 No probaron las lenguas ponzoñosas.

(1) Dice que merece alabanza el que no comete maldades voluntariamente, porque el que las comete forzado no hace mal alguno: y añade que ni los Dioses se resisten á la necesidad, porque los gentiles los creían subordinados al hado.

IV.

SOBRE LA ESPERANZA.

Jove tonante tiene el fin de todo,
 Oh caro hijo, y todo lo gobierna
 A solo su placer, arbitrio y modo.

La ciencia y el saber no es cosa eterna
 En los hombres que duran solo un día,
 Según aplace á la deidad superna.

La esperanza dulcísima porfía
 En presentar sus sueños lisonjeros,
 Y mil vanos proyectos forma y cría.

El uno espera un día, el otro enteros
 Meses, y cuál un año se promete
 Gozado entre deleites placenteros.

A éste antes del término acomete
 La amarga muerte; y la sañuda y dura
 Enfermedad al otro le somete.

A cuál Marte cruel, dentro en la oscura
 Morada de la muerte, le confunde
 Revuelto de la guerra en la bravura.

Y á tal entre las ondas fieras hunde,
 Privado del aliento, el mar sañoso.
 El que no logra que su vida abunde

De bienes, antes sí triste y lloroso
 Pasa los días de dolores lleno,
 Deja la luz del sol, voluntarioso.

Tan cierto es que este mísero terreno
 Todo lo da de acerbo mal mezclado,

Y del hombre mortal dentro en el seno
 Pone el dolor y la tristura el hado.
 Si se me da algún crédito, ninguno
 De grado se atormente; antes osado
 Resista su dolor fiero, importuno.

OTRAS OBRAS.

I.

DÁNAE LLORANDO POR EL MAR (1).

Cuando dentro del arca fabricada
Por arte de maestro, horriblemente
Bramaba el aire, y toda perturbada
La mar sonaba en rápida corriente,
Ella tocando con la mano amada
Al querido Perseo, y dulcemente
Aplicando llorosa al tierno hijo
Sus húmedas mejillas, así dijo:

«Hijo adorado, ¡ay me! cómo me siento
De gran dolor el corazón deshecho,
Y tú en esta morada de tormento
Duermes, en tanto, con sereno pecho.
Clavos de bronce ciérranla sin cuento,

(1) Acrisio, Rey de los Argivos, y padre de Danae, hallándola preñada de Júpiter, la encerró en un arca y la lanzó al mar.

Y negra oscuridad cubre su techo.
Mas tú no curas de las olas, cuando
Sobre tu seca faz están sonando.

»De los vientos el bárbaro rüido
Desprecias, y cubierto tu semblante
De este cendal de púrpura extendido,
El peligro no ves que está delante:
Que si su horror te fuera conocido,
Con tierna oreja dieras al instante
Un rato de atención; y cederías,
Tal vez, á las dolientes voces mías.

»Mas duerme, duerme, infante, descuidado;
Duérmase el mar, y duerma el orbe entero;
Que aunque tal desear sea juzgado
Vano deseo, yo pretendo y quiero,
¡Supremo Jove! padre venerado,
Sufrir con pecho generoso y fiero,
Como de ello algún bien al hijo venga,
Cuanto rigor mi hado en sí contenga.»

II.

DE LOS QUE MURIERON EN LOS TERMÓPILAS.

De los que en muerte generosa y clara
En los altos Termópilas cayeron,
Y venturosa suerte así tuvieron,
Se venera el sepulcro como un ara.

No le oscurecerá la edad avara
Que todo lo consume; y los que fueron
Capaces de un tal hecho, y tal pudieron,

Gozan una alabanza eterna y rara.
 La religiosa tumba do hora posa
 De estos varones ínclitos la llama,
 Que en lúgubre silencio y paz reposa,
 A una jamás precedera fama
 Elevará la Grecia gloriosa
 Do quier que el nombre de la patria se ama.

EPIGRAMAS.

I.

EPITAFIO Á UNA MUJER CASADA.

Aquí la descendencia está encerrada
 De aquel que en Grecia entre los de Hípiá todos
 Se señaló con alma aventajada.
 Que nunca supo usar de altivos modos
 Con el padre, el marido, los hermanos,
 Los hijos, ni los próximos tiranos.

II.

PARA UNAS ARMAS COLGADAS

EN EL TEMPLO DE MINERVA.

Estos arcos de guerras, ociosos,
 De Minerva en el templo colocados,
 Visto se han varias veces, vigorosos
 Con sangre de los Persas mancillados.

De los Persas, que siempre en sus fogosos
Mortíferos caballos cabalgados,
En las peleas de los hombres fieros
Entran, do suenan llantos lastimeros.

III.

PARA LA ESTATUA DE UN ATLETA.

Yo Aristodamas, valeroso atleta,
Fuí en Nemea dos veces coronado:
En Olimpia logré gloria completa,
Y también en el Istmo celebrado;
Y no tanto vencí con fuerza extraña
Como con el ardid, el arte y maña.

IV.

PARA UN PUENTE.

Id al templo de Ceres, sacerdotes,
Sin temor de las aguas invernales,
Pues ya Xenocles Lidio ha construído
Puente sobre estos rápidos raudales.

V.

ACCIÓN DE GRACIAS Á VENUS.

A éstos se les mandó que fervorosos
A Venus invocasen en sus ruegos,
Ofreciéndole votos religiosos
Por los valientes ciudadanos griegos,
Porque no quiso que la ciudad clara
El Persa sagitífero tomara.

VI.

PARA LA IMAGEN DE UN ATLETA.

En esta imagen mira, y reconoce
Al vencedor Teócrito en Olimpia,
Que cuando joven, en la lucha y carro
Tuvo una soberana maestría.

Hermoso siempre, aun cuando vigoroso,
En la áspera lucha se ejercita,
Que de sus padres la ciudad adorna (1)
Con la corona á su valor debida.

(1) En los Juegos Olímpicos se proclamaba el nombre del vencedor, de su padre y de su patria.